

# SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN textos y documentos

Número 244

Valencia, 3 de Octubre de 1937

María Carbonell, 2

## LA ENTREVISTA DE MUNICH

### En vez de guerra grande, guerras parciales

Entre intrigado y aturrido, el mundo asistió a la entrevista de los dos dictadores deduciendo que tiene todos los caracteres de una conjura. La falta de publicidad, como es corriente en los regímenes totalitarios, añade puñados de sombra a las conferencias de Berlín. ¿Aceptan la paz, o preparan la guerra? ¿Tratan de liquidar sus diferencias, o abren nuevas trincheras para sus intrigas? La hiena fascista ha puesto ya su pesuña sobre algunos pueblos libres y amenaza con otras trágicas expoliaciones. Si la política internacional no estuviese hundida en este pantano de concesiones y cobardías que elabora la diplomacia, habría declarado a Hitler y Mussolini malhechores de la paz pública, a los que una policía continental debiera perseguir y encarcelar para que no quebrantasen a diario las normas comunes del derecho. Napoleón era un genio y acariciaba la quimera de los Estados Unidos de Europa bajo la dinastía de los Bonaparte. Y, sin embargo, se hizo el frente de naciones para vencerlo porque era un peligro imperialista de tal magnitud que el mundo parecía retroceder a un grado de prístina servidumbre.

Ya por sí, y en la coyuntura actual, la entrevista es una agresión a la Europa democrática. Los dictadores no concurren a Ginebra, hacen añicos los tratados, desdénan el contacto directo con todos los pueblos libres, se insolentan en discursos agresivos con la política que no es la suya, y como corolario de esta conducta, formulan tenebrosos planes para llegar al reparto de Europa. Ellos hablan de la paz, pero siempre entre preparativos de guerra, como si la paz hubiera de mantenerse a condición de dejarles las manos libres para poner en práctica el régimen de la agresión y del «chantage». La actitud de estos insolentes perdonavidas es más intolerable porque especulan con su propia insolencia y con la desesperación de sus pueblos. La situación de Italia y Alemania ha llegado a ser tan dramática que las grandes masas prefieren la catástrofe capaz de libertarlas de la tiranía y del hambre, a una existencia angustiosa donde la necesidad económica se junta con la asfixia moral.

Para quien esté convencido de que el fascismo no es una posición meramente política, sino un dogma satánico que se funda sobre el instinto de poderío y opone siempre la violencia a la razón, los manejos de Berlín no significan otra cosa que una etapa más del plan de fascistización de Europa, que implícitamente se establece en los programas de Mussolini y Hitler. Muchas rectificaciones doctrinales se han impuesto ambas dictaduras con relación al pasado. En el orden social, sobre todo, aquellos puntos que llevarán tras de sí a muchos proletarios hambrientos o desilusionados, se han desvanecido por completo a través de las realizaciones fascistas. Pero esto, en cuanto al lado partidista positivo de sus fórmulas. Porque en cuanto a lo negativo, la tendencia imperialista subsiste y los medios que se ponen en práctica son aquellos que se encuentran en el «Mein Kampf» o en los discursos de oposición del «duce».

Lo que sucede es que los fascismos no se sienten todavía bastante fuertes para dar la batalla a la democracia, mientras sus problemas inter-

nos se agigantan cada día. De ahí que rehuyan la guerra general y se lancen estratégicamente al cultivo de las guerras parciales que les permiten mantener en pie la ficción del Imperio y de paso les descargan de algunos contingentes de hombres sobrantes. Hasta ahora las democracias han caído en la trampa de los agresores, que sustituyen la guerra grande por una serie de guerras «pequeñas» —tan inmensamente trágicas, sin embargo, para quienes las padecen!— y así van minando los cimientos de la seguridad colectiva. La ocupación de Dantzig, la conquista de Abisinia, la intervención en España, el ataque a China, son formas de esta táctica de las guerras aisladas que permiten al fascismo destruir la paz sin los escalabros interiores de la guerra. Ya se anuncian otras acciones igualmente criminales sobre Austria, Hungría y Checoslovaquia. Y si, en efecto, el incendio va extendiéndose paulatinamente sin que la diplomacia fascista haya dejado de alimentar con palabras la cándida paloma de la paz, prisionera hoy de las cancellerías, ¿podrían hablar en serio los políticos de Londres y Ginebra de una localización de conflictos, del éxito logrado por una política de moderación y de prudencia para evitar al mundo mayores males?

En la visita de Mussolini, todo ha tenido un aire marcial que bastaría por sí sólo para prevenir a los más optimistas. El «duce» ha presenciado las maniobras del ejército alemán y ha visitado las fábricas de armamento. Respecto a España, ha recordado con todo cinismo en un discurso que miles y miles de italianos se baten aquí por la «civilización fascista». Después del famoso telegrama a Franco y de las contundentes declaraciones de la Prensa italiana sobre la actividad militar de los legionarios, esta nueva afirmación del intervencionismo, prueba otra vez que los fascistas no soltarán fácilmente la presa y se proponen llevar adelante sus planes de anexión en la Península Ibérica. Mussolini quiere que España sea, como en la Roma antigua, una provincia romana.

Huelgan, por lo tanto, las especiosas interpretaciones a que ha dado lugar ese viaje. Todo ha sucedido como si los dictadores se propusieran demostrarle al mundo que la suerte de Europa sigue a merced de los Estados totalitarios. Esperamos todavía que las democracias se decidan a darles la respuesta.

J. DIAZ FERNANDEZ

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este  
**BOLETIN**

Las autoridades alemanas detienen a los republicanos españoles residentes en Alemania y los entregan a los rebeldes

VALENCIA, 24. — El ciudadano español Jaime Gascón Roda, natural de Gerona, profesor de idiomas y residente en Alemania hasta el treinta de marzo pasado, fué detenido por la policía alemana, enviado contra su voluntad a la España rebelde, y encerrado, desde su llegada, en la cárcel de La Coruña, con otros ocho ciudadanos españoles detenidos como él en Alemania.

El procurador del Tribunal de Gerona ha comunicado al procurador de la República española los hechos relatados, acompañados de tres cartas de Jaime Gascón Roda a su familia. En la primera de estas cartas, fechada en Berlín, el once de marzo de 1937, declara aquél que la policía alemana acaba de quitarle el pasaporte; la segunda anuncia su detención y su próximo embarque para España. La tercera fué enviada desde la cárcel de La Coruña. Estaba franqueada con sellos alemanes.

(«Le Peuple», Bruselas, 27-9-937.)

En tercera página:

### Si Italia insistiera en retrasar...

INTERVENCION PARLAMENTARIA DEL SR. PORTELA VALLADARES

**“Yo entregué el Gobierno al Frente Popular, porque estaba convencido de su triunfo, como también lo estaban las derechas”**

Confianza en el porvenir

Reproducimos a continuación los párrafos más salientes del discurso pronunciado por el ex presidente del Consejo señor Portela Valladares, en la sesión de reapertura de las Cortes:

“Este Parlamento es la razón de existencia de la República, es el título de vida de España. Como mi primer deber ante vosotros, ante España entera y ante el mundo, he de asegurar la legitimidad de vuestros poderes. Y para hacerlo tengo estos títulos: haber sido derrotado en esas elecciones y el de haber presidido el Gobierno bajo cuya dirección se efectuaron.”

“Yo entregué el Gobierno al Frente Popular, porque estaba convencido de su triunfo, como también lo estaban las derechas.”

“Dimití el 19 de febrero. Los ministros que presidía coincidieron conmigo en que teníamos el deber de transferir el Poder inmediatamente, entregando incólumes y enteros los órganos del Gobierno. En un régimen democrático, Gobierno que no tiene el apoyo de la Cámara no tiene razón de existir, y cuando habla el pueblo, como entonces ocurrió, sólo él tiene toda la razón.”

“Yo siempre, en circunstancias análogas a las actuales, le daría mi voto a quien estuviera ahí sentado. Entre otras razones, porque representa al Estado Mayor: a la Patria en pie de lucha.”

“Tengo confianza en el porvenir. He venido aquí a cumplir un deber, y confiado en la hidalguía y en la caballerosidad de los españoles. No me he equivocado. Y al estar entre vosotros, os digo que desde fuera se forma el convencimiento de que el Gobierno de la República tiene que triunfar. Sin Gobierno de la República, no puede haber España. Y os declaro, al mismo tiempo, que me ha asombrado, que me ha maravillado esta actividad, este fervorecimiento que he observado entre vosotros.”

“Estimo, asimismo, que el ambiente internacional sufre una gran transformación favorable a vosotros; se está en vísperas de evolución.”

“Tengo la convicción de que cuando se conozcan esas palabras tan generosas, tan amplias con que ha terminado su discurso el señor Presidente del Consejo, el ambiente aún será mejor. Paz para todos los españoles, paz para hacer una nueva España salida de este Parlamento.”



# No hay que jugarse la paz del mundo al pocker

Ahora bien, el tentador conduciéndole a la montaña de Schnokssberg, y mostrándole allí los regimientos alineados en batalla con sus carros de asalto, sus cañones pesados y sus escuadrillas: «He aquí mi ejército», dijo.

Después le acompañó a las forjas de Essen, y entre el ruido ensordecedor del yunque y de los laminadores: «Es aquí, dijo, donde forjo mis cañones».

Y añadió: «Y toda esta potencia estará a tu servicio como al mío, si llegamos a entendernos para una política común.»

Algunos se preguntan quién es, en este momento, el solicitador, si el «führer» o el «duce». ¿Es Roma quien quiere seducir a Berlín? ¿O es Berlín quien trata de arrastrar a Roma y hacia qué destinos?

Es evidente que el seductor, hoy, se llama Adolfo Hitler, y todo pasa como si Alemania hitleriana quisiera deslumbrar al jefe de la Italia fascista.

Cuando Mussolini tome este mediodía la palabra ante más de medio millón de auditores, se verá hasta qué punto le han deslumbrado tanta potencia y tanto fasto.

El «duce» proclamará su amor a la paz. El «führer», igualmente. La diplomacia lo exige. La política también. «Ofrecemos la paz a todos los pueblos de buena voluntad», ha declarado desde ayer Mussolini. ¿Pero, dónde comienza y dónde acaba la buena voluntad de un pueblo?

Napoleón decía: «Un Gobierno recién nacido tiene necesidad de deslumbrar y de asombrar. El «führer» y el «duce» se conforman con esta máxima napoleónica. Ambicionan asombrar a Eu-

ropa. Cada uno busca al mismo tiempo, asombrar al otro.

Resulta de esto una especie de doble «bluff»: «Bluff» de Roma con respecto a Berlín, y recíprocamente;

«Bluff» concertado de Berlín y de Roma con respecto al resto del mundo.»

«Debemos hacer impresión», escribe la «Deutscher Allgemeine Zeitung».

Este es un juego que no se realiza sin peligros. Peligro interior: se exalta en su pueblo fiebres que no es fácil orientar en seguida. Peligro internacional: se adoptan actitudes impresionantes que obligan a gestos audaces de los que se es en seguida prisionero.

La diplomacia ofrece así algunas semejanzas con el juego del «poker».

No hay que jugarse la paz del mundo al «poker».

A las fastuosas paradas militares nazistas y fascistas, Londres y París oponen una inalterable sangre fría.

La Prensa de Londres consagra esta mañana más líneas al Endeavour que se ha encontrado que a Mussolini visitando las fábricas Krupp. París sigue con toda la atención que merece los trabajos de la Conferencia naval en la que participan peritos italianos.

Al juego ardiente del equipo italoalemán, se opone así el juego más calmado del equipo anglo-francés.

No se haría nada de bueno en Europa si todo el mundo tuviera fiebre.

«Entusiasmo, cruzada y exigencias», declaran Roma y Berlín.

«Razón», responden Londres y París.

A. L. JEUNE  
(«L'Intransigeant», 29-9-37.)

# Un mandamiento del obispo de Berlín

Telegrafian de Berlín:

En todas las iglesias de esta capital, se ha leído un mandamiento de Monseñor Conrad Von Preysing, obispo de Berlín, en el cual se recomienda a los católicos que ofrezcan resistencia a los ataques de determinados centros nacionalsocialistas contra la Iglesia católica.

Actualmente, subraya el obispo, vemos desarrollarse en Alemania toda una literatura de odio contra Jesucristo. Estos escritos pretenden destruir el reino de Dios. La fidelidad hacia Jesucristo impone a los católicos el deber de excluir de sus hogares toda obra hostil a la Iglesia.

El sentimiento de pudor y de las conveniencias prohíbe a los católicos ocuparse de obras que recuerdan los métodos de combate del ateísmo y atentan a menudo contra las buenas costumbres. Los escritos moralizadores de la Iglesia católica, en primer lugar la Biblia, son los que deben ocupar, cada vez más, un lugar en cada familia católica. La Biblia debe constituir el fundamento de la fe y de la moral. Monseñor Preysing invita particularmente a los fieles a no descuidar la lectura de los periódicos católicos y de la gaceta de la diócesis, aunque, dice, las autoridades del Estado restrinjan considerablemente la difusión de sus textos.

Fácil es, de todas suertes, termina diciendo el obispo, procurarse poco a poco obras religiosas edificantes a fin de «constituir un arsenal de armas espirituales».

(«Le Temps», 28-9-37.)

tres frentes, sólo con nuestras tropas metropolitanas.

Y, sin embargo, nosotros no hemos declarado la guerra ni a Alemania ni a Italia.

¿Cómo es eso? ¿Por qué?... ¿Por qué no ha estallado la guerra, a pesar de todos los pretextos, de todas las razones del conflicto, que no faltan ni a Alemania, ni a Italia, ni a nosotros mismos?

Porque los pueblos que quisieran la guerra no pueden hacerla; porque nosotros, que podríamos hacerla, no queremos.

Alemania restableció el servicio militar obligatorio en marzo de 1935. Desde entonces ha podido educar y equipar un gran ejército. Pero sus cuadros en activo son insuficientes y sus cuadros de reserva son nulos. ¿Su material? Acaba de probarlo en España. Y la prueba ha sido concluyente. Tiene dos mil carros que no son sino chatarra.

¿Italia? Posee una flota y una aviación poderosa. Pero no es en el mar ni en el aire en donde se gana la guerra: es en la tierra.

¿Y nosotros? Nosotros tenemos el ejército más poderoso del mundo, por sus reservas sólidamente instruidas y encuadradas y por su armamento. Nuestras fronteras del Este, del Norte y del Sudeste, en su mayor parte, están protegidas por fortificaciones inexpugnables, que nos ponen a salvo de cualquier ataque brusco, de cualquier sorpresa. Tenemos una aviación, digan lo que digan, y, sobre todo, una defensa aérea que harían pagar caro a una aviación enemiga sus incursiones en nuestro territorio. Y tenemos la certeza de que, el día en que fuésemos víctimas de una agresión, Inglaterra se pondría de nuestra parte, con la totalidad de sus fuerzas. El ejército de tierra de Inglaterra, dicen los pesimistas, no existe; su flota ha perdido en po-

tencia, su aviación es insuficiente. Digamos, empero, que su flota y su aviación, unidas a las nuestras, sobrepasarían, con mucho, a las fuerzas navales y aéreas de Alemania e Italia. Digamos también, y esto no lo ignora ni Alemania ni Italia, que Inglaterra representa una potencia tal que prácticamente es invencible; que no hay quien derrote a Inglaterra y que ésta, lenta, pero seguramente, es la que dice siempre la última palabra en los campos de batalla. Y con ella, sus aliados.

¿Qué tenemos, pues, y qué más queremos?

Yo lo sé: Alemania tiene 62 millones de habitantes, y nosotros 40. Dentro de algunos años, su ejército, ya encuadrado y equipado, será singularmente temible. Es posible. Pero dentro de algunos años, Inglaterra será también mucho más poderosa de lo que es ahora. No soy adivino. No predigo el porvenir a largo plazo. Veo solamente lo que existe y digo tan sólo que la relación presente de las fuerzas entre las naciones que quieren la paz y las que tienden hacia la guerra, excluye por ahora toda posibilidad de guerra.

Porque, en fin, Hitler y Mussolini no son dos locos. Son dos hábiles practicantes del bluff. Lo practican tal vez por temperamento, pero seguramente, por necesidad. Sus pueblos tienen poco pan y carecen de mantequilla. Los alimentan con discursos fanfarrones. ¿Y serán esos discursos capaces de amedrentarnos? ¿Habremos llegado a un grado tal de credulidad y de miedo?

Seamos conscientes de nuestra fuerza, de nuestro valor, de lo que representamos en el mundo y digámonos que la paz está en nuestras manos, sólo en nuestras manos.

Con una condición, sin embargo.

Con la de que permanezcamos unidos y resueltos y que los matusiete del otro lado del Rin y de más allá de los Alpes no puedan pensar que nuestras disputas internas nos convertirían en presa demasiado fácil.

Esta condición depende de nosotros, y sólo de nosotros.

CLAUDE GUERARD

(«Le Petite Girond», 29-IX-37.)

# La paz en nuestras manos

## Los pueblos que quieren la guerra no pueden hacerla. Nosotros, que pudiéramos hacerla, no la queremos

Estamos ligados a la paz con todas las fibras de nuestro ser. La deseamos con pasión. Por desgracia, su mantenimiento no depende sólo de nosotros. Así lo creemos, al menos. La guerra puede sernos impuesta...

Por eso hoy nos ahoga la angustia, una angustia que se extiende a todo el país, que lo desmoraliza lo agobia.

¿Cómo podía ser de otra manera? El menor incidente diplomático se aumenta a placer y no hay uno de nuestros gobernantes que en sus discursos, no se crea obligado a declarar que jamás han sido los riesgos de guerra tan amenazadores.

Comprendo perfectamente que los hombres que, en el momento actual soportan la pesada carga del Poder, y diariamente tienen que enfrentarse con las mayores dificultades, se esfuercen en mantener alerta la opinión pública. Pero sería necesario que no excediesen el fin que se proponen, que no exajeraran los peligros que nos amenazan, porque esto es nocivo.

En este estado de constante inseguridad en que el país cree vivir, en este estado permanente de ansiedad ¿cómo podría darse ánimo para dedicarse resuelta y confiadamente a la tarea de reconstrucción que se le impone? ¿Cómo pedirle que se dedique a un largo y penoso esfuerzo si se le hace creer, si se le dice que, mañana tal vez, tendremos la guerra en nuestras fronteras?

Pienso que no existe un deber más útil para nosotros, gente de prensa, que el de reaccionar contra este estado de ánimo, contra esta psicosis de inquietud, o mejor dicho de miedo, y que hay que devolver al país la confianza en sí mismo, haciéndole consciente de su fuerza.

Nunca, ni en 1914, fueron más varios ni más urgentes los motivos de conflicto entre naciones europeas, o, para hablar más claro, entre Francia, Alemania e Italia.

Alemania sufre moral y materialmente. El führer dice en vano que el tratado de Versalles no existe ya, pues persiste la humillación de la derrota. Es humano que una voluntad de desquite anime a ese pueblo orgulloso. Todas sus energías se emplean en trabajos de guerra. Sigue armándose desmedidamente, pero en cambio, no logra saciar su hambre. Un golpe de fuerza, del que saliera victorioso, le rehabilitaría a sus propios ojos y le facilitaría —así lo cree al menos— posibilidades de expansión, que le devolverían el bienestar y la riqueza.

Y sin embargo, Alemania no nos ha declarado la guerra.

Italia ha conquistado Etiopía; pe-

ro no podrá gozar pacíficamente de esta conquista, que ha acabado de arruinar su hacienda, hasta el día en que sea dueña del Mediterráneo. Por medio de las Baleares, ahora en su poder, por medio de Cerdeña y Sicilia le es, sin duda, fácil cortar nuestras comunicaciones con el África septentrional. Sabe, o por lo menos cree, que la flota y la aviación inglesas no están preparadas. ¿Qué tentación para ella eliminarlos del Mediterráneo, en una guerra victoriosa, y volverse después contra Inglaterra!

Y sin embargo, Italia no nos ha declarado la guerra.

Alemania e Italia en España, en las Baleares y en el Marruecos español, constituyen para nosotros un peligro, que nos amenaza en las obras vivas de nuestra defensa. Si lograsen consolidar allí sus posiciones, tendríamos que combatir en

# Ludwig cree que la guerra es inevitable

LONDRES, 26. — El escritor alemán Emil Ludwig, publica hoy en el «Sunday Chronicle», acerca de la entrevista Hitler-Mussolini, un artículo en que expresa la opinión de que «es inevitable la guerra entre Francia y Alemania».

Después de rechazar como simples pretextos las razones económicas que Alemania pudiera tener para declarar la guerra, Emil Ludwig expone la fuerza de los móviles pasionales que impulsan al pueblo hacia un conflicto con Francia.

Dice:

«La Alemania de hoy tiene las mismas razones para hacer la guerra a Francia que tenía la Alemania de Guillermo II, más una, la de procurarse el desquite... Este desquite es contra Francia,

pues sólo contra Francia desea conseguirlo el pueblo alemán, cuyos anhelos han comprendido bien sus actuales dirigentes.»

«Ludwig no cifra la única esperanza en evitar la guerra en la «entente» francoinglesa, la cual no bastó para impedir que los alemanes declarasen la guerra en 1914, sino en Roosevelt.»

«El Presidente americano lo sabe, dice finalmente. Y se da plena cuenta de su misión. Pero la creencia de que hay que dejar a Europa que se desenvuelva por sí sola está demasiado arraigada en el espíritu del pueblo americano. Sin embargo, si América no comprende, la guerra es inevitable.»

(«L'Oeuvre», 27-9-37.)

**Este BOLETIN se reparte gratuitamente**



# Si Italia insistiera en retrasar la salida de los "voluntarios" la cuestión de la apertura de la frontera francesa tendría el apoyo decidido del gobierno británico

De un artículo del corresponsal diplomático de *The Manchester Guardian*, traducimos lo siguiente:

Aunque se ha expuesto con absoluta claridad a Italia que Francia y la Gran Bretaña insisten en tratar seriamente de la cuestión de la retirada de «voluntarios» de España para llegar a un resultado práctico inmediato, y aunque se han dado toda clase de seguridades por Italia de que está dispuesta a discutir sobre esa base, no hay indicio de ningún deseo por su parte de cumplir su promesa.

Parece, en efecto, que la actitud italiana ha sufrido, en los dos últimos días, un cambio que hace pensar que su anterior disposición, más conciliadora, no era sino mera táctica, y que necesitaba demostrar a Alemania que podía, si era necesario, llevarse bien con las potencias occidentales para elevar su precio ante los germanos.

Aún es pronto para adelantar con alguna precisión los resultados de las conversaciones sostenidas por Hitler y Mussolini; pero parece que uno de ellos, el cual tal vez no sea más que provisional, es la decisión de Mussolini de no retroceder en el Mediterráneo occidental. Es muy probable que la impresión que le causara la exhibición bien organizada de la inmensa potencia militar de Alemania y sus prodigiosos preparativos de guerra, fortificaran su espíritu para tomar esa resolución.

Hablando en términos generales, no se cree aquí que pueda salir mucho de las conversaciones entre los dos dictadores, y que aunque el asunto Austria haya sido discutido, Alemania no atribuirá excesiva importancia a la actitud italiana en esa cuestión, pues sabe que Italia puede hacer muy poco para contenerla una vez que se decida a la acción, que Hitler, sin duda, planea.

Pero el mero hecho de los preparativos guerreros de Alemania no puede sino dar ánimo a Mussolini, pues Italia vive, por decirlo así, al margen del rearme germano y es fuerte en el Mediterráneo occidental en tanto que Francia e Inglaterra están debilitadas por la existencia de una potente amenaza alemana en una región, que se extiende desde los Alpes hasta el mar del Norte.

La intervención de Italia en España puede muy bien estar fortalecida por esto y por las promesas del apoyo germano en la cuestión española, apoyo que puede tomar varias formas, como, por ejemplo, la obstrucción sistemática en cualquier Conferencia sobre la retirada de los «voluntarios», la cual obstrucción haría difícil ejercer presión sobre el Jorkins italiano, por cuanto que el Spennow alemán sería la persona responsable.

Como es consiguiente, una consecuencia de esta clase de las conversaciones entre Mussolini y Hitler quedaría oculta por sus declaraciones anticomunistas, o, tal vez, por algún grandioso plan de arreglo general de Europa.

¿Qué ocurrirá si Italia persiste, a pesar de las seguridades dadas, en aplazar y aplazar la retirada de los «voluntarios»? En este caso, la cuestión de la apertura de la frontera francesa tendría el apoyo decidido del Gobierno británico.

(*The Manchester Guardian*, 28-9-37.)

## EL BALANCE

Los congresos de Nuremberg tienen su lado trágico al mismo tiempo que, con frecuencia, se prestan a la risa.

Esas masas, mal llamadas populares, puesto que no acuden allí sino obedeciendo a una orden, han sido este año ahogadas, durante la noche en una luz roja. Cien mil funcionarios nazis que viven muellemente del régimen, y que tendrían que temer lo todo si llegase a desaparecer, han cantado: «¡Alemania, nos consumimos de amor por tí!». En realidad, es la desgraciada Alemania la que alimenta a sus opresores y ellos los que la consumen. Entre estas gentes, existen en gran número los delincuentes, prevaricadores, asesinos y borrachos.

Sin embargo, su *führer*, al atravesar la pista, se emocionó de tal modo que empezó su discurso con divagaciones a cuenta de la Providencia. El ministro de Justicia afirmó, ante esta reunión del hampa que en Alemania no existe la corrupción. Es fantástico ese instinto infalible que les sugiere la palabra que nadie espera. Sin duda los muchos ladrones presentes se habrán preguntado si se tendría la vista puesta en ellos, y si ello no sería un aviso. Pero al reflexionar se tranquilizarían seguramente. ¿Qué sería del régimen sin sus apreciables servicios? Para perseguir a las personas honradas es indispensable emplear a los pillos. A los funcionarios se añaden los soldados: soldados del trabajo y simplemente soldados; las juventudes militarizadas, a las que se ejercita en la marcha, en el *camping* y en el amor libre. Ante ese público competente, el *führer* se ingeniaba para hacer el balance de lo que se ha realizado en el transcurso del año y para dar a conocer la tarea que ha de efectuarse. Pero, no se ha hecho nada a excepción de las hazañas que es preferible no confesar. Durante los años 1936 y 1937, lo mismo que en los años anteriores, se han llenado las cárceles de adversarios políticos. Entre estos, las ejecuciones con hacha han ido en aumento. Se ha detenido a curas y pastores, estos últimos en número de 400. Se ha enviado a la muerte a millares de soldados a quienes se obligaba a combatir por Franco.

Observad que de esto no se habla nunca. Otros tienen, al menos, el valor de sus actos. Los únicos vestigios de la guerra de España admitidos por las autoridades nazis son los féretros de madera en los cuales se trae a los cadáveres putrefactos de algunos oficiales, y que los obreros del muelle se niegan a desembarcar.

Era imposible igualmente consignar en el balance las pensiones de los grandes mutilados de la guerra anterior, que acababan de reducirse en un 60 por ciento. Los ciegos y los que fueron víctimas de los gases son inútiles para el régimen, ¡que se mueran! Para no perder la costumbre, se volvió a hablar del Tratado de Versalles. Cuando el tratado muera, Alemania será libre... En casa del ahorcado no es decente mentar la soga. Esta especie de libertad otorgada por Hitler a Alemania, le aprieta el cuello como todo el mundo sabe. Así, la industria alemana conoce perfectamente las pérdidas que ha sufrido a causa del *dumping* obligatorio para todas las transacciones internacionales: pérdidas que llegan hasta el 40 por ciento. En la actualidad, Alemania paga volutariamente al extranjero sumas mucho más considerables que las que le obligaba a pagar el Tratado de Versa-

lles. Pero el Tratado está muerto, hay que decirlo.

En Alemania faltan dos millones de viviendas, en tanto que las construcciones militares aumentaron en un 75 por ciento durante el año pasado. Según confesión de Hitler, será imposible conceder al obrero el jornal justo, a menos que se lance el país a una guerra de conquista. Este es el verdadero balance del régimen, el cual está abocado a una guerra de conquista, que bien seguro, no le salvará tampoco. Es sabido que la guerra no restaura la economía de nadie. Por ello los estados fascistas, han encontrado otro medio, que consiste en hacer la revolución mundial, fascista esta vez.

Como en Nuremberg se afirma lo contrario de lo que se piensa, se habló contra la revolución mundial bolchevique, inexistente como todo el mundo sabe.

¿No toleraremos? ¿Qué es lo que no tolerarán?

¡Oh! Nada. La acción puramente imaginaria del *Komintern* al cual acusan de querer establecer en el Oeste de Europa una nueva base para la instauración de la revolución bolchevique.

Más bien son los fascistas los que establecen en todo el continente europeo verdaderas bases: nadie lo ignora. Razón de más para que el impudico Goebbels quiera privar a los bolcheviques hasta de su calidad de seres humanos. Un destino misterioso debe haber lanzado al mundo a esos seres, que, no son humanos, para atormentar a los pueblos. No son los nazis los que los atormentan. Alemania—es Hitler quien lo dice—se alza como una isla de paz en medio de un mundo agitado por el odio. Ciertamente, es una isla de paz si se hace abstracción del odio feroz que la agita contra las potencias pacíficas, de las que evidentemente forma parte la Unión Soviética.

Eso es lo que les duele a los excelentes nazis. A pesar de todas las maniobras, no han conseguido levantar a las democracias occidentales contra esas Repúblicas reunidas, salidas de la revolución rusa, todas las cuales se han dado una Constitución. La Alemania de Hitler no tiene Constitución. En la Constitución de cada una de estas Repúblicas se admite la propiedad privada al lado de la colectiva. La libertad de pensamiento y de expresión oral y escrita está asegurada así como la libertad religiosa. Los derechos del hombre y del ciudadano están garantizados, y las elecciones de los representantes del pueblo son libres. Todo eso no existe en la Alemania de Hitler, y no podría establecerse nunca sin que el régimen se derrumbe. El Estado totalitario no funciona más que en provecho propio y en beneficio de una minoría infima. El bienestar del pueblo, lo considera contrario a su interés, que es el de prolongar el desorden y la violencia.

El Estado totalitario tiene mucho miedo, no a esta revolución mundial bolchevique, que en vano evoca, sino a las fuerzas de las democracias, y a su acción combinada. El verdadero balance, que se hubiera podido hacer en Nuremberg, sería: al democratizarse la U. R. S. S., las antiguas democracias evolucionan hacia una libertad más completa. Pues la gran novedad del Frente Popular, es el haber comprendido lo relativo de la libertad, que nunca se posee totalmente y que a cada vuelta de la Historia, hay que conquistar de nuevo.

Henrich Mann

(*LA DEPECHE*, 27-9-37.)

## Frente internacional EL SIGNO DE MARTE

El paso más espectacular de la vida de Mussolini a Hitler es quizá la recepción en Essen, ante las fragas del ejército alemán, desde donde los dos dictadores han declarado al mundo, en sendos discursos, su voluntad de marchar unidos para una política conjunta, que conocemos ya por sangrientas experiencias.

El texto de los discursos ya lo conocen nuestros lectores. Lo más importante del mismo es el acento de seguridad que han puesto el *führer* y el duce en sus palabras, necesariamente ceñidas a la unión italo-germánica, que es lo que se quería destacar entre el manido y lubricado estilo protocolario. En cambio, la *mise en scene*, el fondo del cuadro las fragas de Krupp, capaces de producir un aluvión incontinente de máquinas mortíferas, nos revelan plásticamente la intención que, de modo deliberado, no por decoro, sino por prudencia, se dejó flotando en el aire.

«Estos son mis poderes»—pudo decir Hitler a Mussolini, repitiendo la frase histórica y famosa.—No faltó la alusión a la potencialidad del eje Roma-Berlín. Pero era innecesaria ante tan imponente escenografía. El duce sabía de antemano que Alemania es fuerte. Pero ambos dictadores deseaban hablarle al mundo encaramados en una ingente montaña de armamentos. Han hablado bajo el signo de Marte.

Es demasiado pronto para calcular hasta qué punto se habrán impresionado las potencias democráticas por la teatralidad de esta ceremonia. Sería candoroso descubrir a estas alturas la pasión militarista de los hombres que rigen los destinos de Italia y Alemania. Para Mussolini—citaremos sus palabras—la guerra es para el hombre lo que la maternidad para las mujeres; Hitler es un fanático de la fuerza y vive bajo la obsesión de los cañones, de los acorazados y de los aeroplanos de bombardeo.

Pero si han escogido como tribuna, para hablarle a Europa las plataformas de acero de las Fábricas Krupp, no es que se sientan dispuestos en todo momento a medir sus armas con otras grandes potencias. Su colosal aparato guerrero es un «fluf», un truco de teatro, una farsa al mismo tiempo peligrosa y ridícula. No; Hitler y Mussolini no están tan formidablemente armados como aparentan estar. Hacen una exhibición aparatosa de su poder para intimidar a los pueblos pacíficos, engañando de paso al alemán y al italiano, que se embarrochan con los vapores del imperialismo sin conseguir curarse de sus inquietudes ni olvidar su miseria; pero si un día los Gobiernos que pueden hacerlo contestar al jaque de los audaces chantajistas con una enérgica jugada, si exhibieran a su vez lo que guardan en sus arsenales, veríamos que la ductilidad de esos dictadores de hierro les permitía volver grupas y esquivar el choque con una carrera de verdaderos campeones.

Se les ha visto el juego. Mientras se lo permitan los poderosos, abusarán de los débiles, eso sí, para con invasiones escalonadas, apoderarse de posiciones estratégicas que les aseguren un futuro de bases más sólidas que el presente. Pero la conflagración general, cuyo peligro les ha-

ce temblar hasta la convulsión, es entre sus desplantes una posibilidad remota, una contingencia que esperan poder evitar en último extremo, aunque fuera arrastrándose y vi- diendo perdón.

De los pánicos ocultos, íntimos, a nadie confesados de los dictadores, sólo se tienen sospechas. Y el origen de su miedo horrible está más dentro de sus fronteras que en el exterior. Sostiene Guillermo Ferrero, en un reciente artículo, que los efectos de sus audacias los buscan Hitler y Mussolini no tanto en el campo internacional como en el nacional. Hay que hacer creer a Italia y a Alemania que son invencibles. En este engaño se apoyan el fascismo y el nacionalsocialismo para sostenerse.

De ahí la despreocupación que existe entre un espectáculo maliciosamente preparado para impresionar a masas ingenuas y la inquietud con que parecen contemplarlo los Gobiernos de naciones poderosas, a quienes sobra experiencia y malicia para comprender lo que hay en el fondo de tanta fanfarronada internacional.

¿Hasta cuándo va a durar eso? ¿Es que se puede tener a Europa viviendo indefinidamente la angustia de estas horas?

(*La Vanguardia*, Barcelona, 29 septiembre 1937.)

### Cuando Hitler y Mussolini pasen, todas las ventanas de Berlín tienen que estar cerradas

BERLIN. 27. — La policía ha ordenado que todas las ventanas que den a las calles por las que hayan depasear Hitler y Mussolini, permanezcan cerradas. Esta orden se ha dado para evitar accidentes. Para ver a Hitler y Mussolini, algunas personas que den a las calles por las que hayan de pasear Hitler y osará subirse a los tejados ni quedarse en las buhardillas.

Los porteros de las casas situadas en el trayecto del cortejo han recibido la orden de no dejar entrar a personas extrañas. Sólo se permite mirar por la ventana siempre que esté cerrada.

(*Gazette de Lausanne*, 28-9-37.)



# ¿Dónde están los rojos?

En esta nueva teoría de los colores, vigente hoy en Europa, teoría metafórico-política, que el fascismo ha nutrido amorosamente para utilizarla en la elaboración de tópicos, sofismas y pretextos, es, sin duda, el color rojo el protagonista. Y lo es, más que por designio de quienes lo ostentan, por la alusión constante de quienes se atribuyen la misión «histórica» de combatirlo. Con la existencia del rojo tratan el negro y el pardo de justificarse y tan afanosamente que todo cuanto se encuentra fuera de ellos como rojo les aparece. No es extraño, pues, que, cuando los ojos pardos de Hitler y los negros de Mussolini se volvieron hacia España, no vieran sino la roja mancha que a sus intereses convenía. Pero todas las pupilas no son pupilas fascistas. Hitler y Mussolini lo saben y para remediar este pequeño «error» de la Naturaleza se entregaron —con la colaboración preciosa de Queipo de Llano— a la propaganda justificativa. Mediante la radio y la Prensa pusieron en acción su ya un tanto explotada teoría de los colores, cuya decantación fué el terrorífico rojo español, hombre de cuchillo entre los dientes, bomba en mano y pañuelo de pirata anudado a su cabeza hosca y primitiva. Este personaje melodramático es, todavía, el sofisma, pretexto y tópico con que el fascismo sigue tratando de justificar lo injustificable.

Pero, al cabo, toda leyenda perece, y más rápidamente cuanto más grueso y excesivo fuere su trazo. Así ha venido a sucumbir esta nueva leyenda roja, sucesora de aquella otra negra que los españoles hubimos de sufrir durante siglos. Quienes han visto en Ginebra a nuestra delegación, presidida por la sonrisa abierta y civil del Jefe del Gobierno español, se pregunta ya dónde están esos terroríficos rojos tan reiteradamente anunciados y jamás aparecidos. Y quienes han seguido las deliberaciones y acuerdos de Nyon, adjudican hoy a la cabeza hostil de Mussolini el pañuelo del pirata que aquél creó para que luciera rojo sobre la roja cabeza de un supuesto destructor de civilizaciones. Unos y otros miran, escrutadores, el mapa de España y no ven más rojo que el de la mucha sangre vertida, no ciertamente por iniciativa de los republicanos.

Los ojos desinteresados podrán también contemplar ahora la reapertura del Parlamento español. Podrán ver cómo a sus sesiones no sólo asis-

ten los diputados de la mayoría, sino también los de la oposición. Hombres del centro y de la derecha volverán a ocupar sus escaños y sus voces, cuando se alcen, serán tan libres como en toda República democrática, fundada sobre el respeto a las minorías. Entre estos hombres hay muchos de tan acusada personalidad política como Manuel Portela Valladares, que fué ministro durante la monarquía, desempeñó después la cartera de Gobernación en un Gabinete Lerroux-Gil Robles y, por último, presidió el Gobierno de derecha que antecedió al primero de los de Frente Popular.

Estos hombres que, situados en Francia, han podido optar libremente entre la ayuda a su patria, la adhesión a los agresores o la neutralidad, regresan a España convencidos de que en ella se está librando una guerra de independencia contra un invasor y no menos convencidos de que la España republicana respeta cualquier ideología, siempre que vaya acompañada, en quien la sustenta, de la mínima dignidad ciudadana necesaria para no traicionar a la patria.

El rojo de la nueva leyenda española, que tanto interesa al fascismo mantener, queda, con todo esto, un tanto desteñido y la política cromática de los hombres de camisa turbia sufre, sin duda, con ello, en su fundamento teórico. Previéndolo, quizá, Mussolini se adelantó a decir, en su discurso de Sicilia, que no toleraría el bolchevismo ni nada que se le asemejase. Estas últimas palabras son lo bastante elásticas para convenir a cualquier circunstancia. Pero, así y todo, no le resultaría muy fácil al Duce demostrar el parentesco que existe entre el bolchevismo y un régimen en que hombres como Maura, Guerra del Río y Portela, encuentran sitio para su actividad política.

Los espectadores neutrales podrán preguntar también a nuestros agresores qué clase de «asesinos rojos» son éstos que se prestan a convivir con ex ministros de la monarquía y dirigentes de la derecha.

Y nos parece que Hitler y Mussolini encontrarían ciertas dificultades para darles una contestación satisfactoria.

CARLOS F. VALDEMORO

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACION.)

## El manifiesto de la "Unión Universal por la Paz"

He aquí el texto del manifiesto votado por el Congreso de Unión Universal por la Paz:

«El primer congreso francés de la Unión Universal por la Paz, compuesto de mil quinientos delegados representantes de los organismos adheridos, los cuales comprenden: tres millones de ex combatientes, cinco millones de sindicatos de la C. G. T., tres millones de cooperativistas de consumo, un millón 500.000 familias campesinas; y de todas las grandes organizaciones: femeninas, culturales, religiosas, fuerzas económicas, grupos y asociaciones francesas pro Sociedad de Naciones, aviadores, y los partidos políticos siguientes: Radical y Radical Socialista, Socialista, Comunista, Unión Socialista y Republicana, Partido Camille-Pelletan y Joven República, dirige al pueblo francés un mensaje de paz.

En el momento en que, en el mundo entero, las fuerzas inmensas organizadas en el seno de la Unión Universal por la Paz, que agrupan en el plano internacional a los comités de cuarenta y tres países y cuarenta organizaciones internacionales, que, a su vez, representan a cuatrocientos millones de militantes, se organizan para poner fin a la guerra y restablecer la gran paz humana, parece necesario aprovechar la enseñanza de los acontecimientos trágicos que se desarrollan en derredor nuestro.

I.—La debilidad en el pasado

para con los agresores ha dado ánimo a los que favorecen la guerra; ello es tan evidente que ha bastado una reciente manifestación de energía para hacer retroceder a las fuerzas agresivas.

A este respecto, dirige sus felicitaciones a los Gobiernos que participaron en la conferencia de Nyon por las medidas que tomaron.

II.—Cada vez es más evidente que la política de seguridad colectiva se revela como la única eficaz para la salvaguardia de la independencia de Francia y de los demás países.

Es pues, indispensable la aplicación de los métodos y de los principios de esta política, que tiene el poder de contener las agresiones, de que son actualmente víctimas España y China y que amenazan a otros Estados.

III.—El Congreso llama especialmente la atención de la opinión pública y de los Gobiernos sobre la necesidad, vital para nuestro país, de asegurar la libertad de comunicaciones entre Francia y el África del Norte. Fuera de esta liberación no hay, en efecto, seguridad para Francia.

Su cuidado por el interés nacional decide al Congreso de Unión Universal por la Paz a considerar la cuestión de la guerra civil española desde el punto de vista de la defensa misma de la existencia del país.

El congreso, fiel a los cuatro

principios que constituyen la base de la Unión, se muestra unánime en pedir que sólo el pueblo español, libre de toda influencia extranjera, sea dueño de elegir su régimen económico, político y social.

Pide a todos los Gobiernos democráticos que disponen de las materias primas necesarias para la guerra, especialmente petróleo, que hagan predominar el interés de la civilización sobre el interés de los abastecedores, y que tomen las medidas necesarias para que España, libre, pueda decidir su propia suerte.

IV.—En este orden de ideas, el congreso pide al Gobierno francés que actúe dentro del marco de la S. de N. a fin de obtener la retirada inmediata de las tropas extranjeras que combaten sobre el suelo español, lo cual supone que la totalidad del territorio de España quedará exenta de toda tutela extranjera y que ninguna potencia no española tendrá la facultad de conservar una hipoteca, cualquiera que ésta sea, en las Baleares, las Canarias o la zona Marroquí.

V.—El congreso, resuelto a ahuyentar la amenaza que pesa sobre el mundo, reclama de los Gobiernos miembros de la S. de N. que decreten y apliquen las sanciones económicas y las medidas de *boycot* efectivas, especialmente el embargo del petróleo.

Las organizaciones representa-

EN MAHON

## Las monjas no quieren abandonar el territorio leal

CIUDELA, 29.—Por mediación del cónsul inglés, que llegó en el crucero británico «Penélope», ha sido propuesto el canje de un número de mujeres y niños. Casi todas las mujeres a las que afectaba el canje se han negado a abandonar Mahón. Entre ellas, desde luego, un grupo de religiosas. El cónsul inglés proponía el canje de las monjas Catalina Manresa y Gertrudis Méndez, que están haciendo funciones de enfermeras en el Hospital Clínico y de las que están en el Hospital Clínico Militar, que son Marina Escoda, Luisa Hernández, Soledad Orpi, Elena Martínez, Josefa Chavarria, Columba Hernández, María Giner, Purificación Tena, María Simón, Rosa Sanz, Angela Ballester y Antonia Serra. Sólo han aceptado salir las dos primeras. Las restantes han hecho constar en un escrito que habían sido tratadas con tal cariño y consideración que no querían abandonar el territorio leal.—Diana.

das en el congreso, particularmente las fuerzas sindicales, adquieren el compromiso de participar en la aplicación de las sanciones citadas y de denunciar toda violación de éstas.

VI.—Como el congreso considera que cada pueblo debe disponer, en la colectividad internacional, de los medios de existencia normales, insiste cerca de la S. de N. para que prosigan con actividad los trabajos de la Comisión encargada de hallar soluciones adecuadas para poner remedio a las situaciones internacionales, de las cuales podría derivarse la guerra, y especialmente prevenir los conflictos que puedan nacer de la defectuosa distribución de los productos indispensables para la vida.

Proclama su voluntad de vincular la distribución de las materias primas, a reserva:

a) De la generalización extendida a todos los pueblos de un *standing* de vida mínimo.  
b) De la no ingerencia en la vida interior de los pueblos, sea bajo la forma que fuere, política, filosófica o económica.

c) Del desarme.  
La colaboración de las fuerzas campesinas que actúan dentro del espíritu de la S. de N., les parece, a este respecto, esencial.

IX.—El congreso invita a la S. de N. a publicar estadísticas de vulgarización que prueben a los pueblos de los Estados miembros y no miembros de la S. de N. que la guerra no puede ser generadora más que de ruina y de retroceso.

X.—El congreso, después de examinar la situación internacional presente, confirma la resolución adoptada en Ginebra, por unanimidad, por el Consejo general de la Unión Universal por la Paz.

a) De no reconocer la desaparición de Etiopía como nación independiente y de mantenerle los derechos y prerrogativas que le confiere el derecho internacional tal como se desprende del Pacto de la S. de N. y del Pacto Briand-Kellog.

b) De tomar todas las medidas prescritas por el Pacto para la defensa del pueblo y del Gobierno legal de España contra la inalienable agresión de que son víctimas por parte de potencias extranjeras.

De rechazar la pretensión inadmisibles de ciertos Gobiernos de intervenir en países extranjeros para anular el derecho de los pueblos a elegir libremente su forma de Gobierno y su régimen social. De poner en ejecución y desarrollar la acción de colaboración inaugurada en Nyon para reprimir la política anónima de la piratería.

c) De dar curso a la petición del Gobierno chino, dirigiendo, de acuerdo con el artículo 17 del Pacto, un llamamiento supremo al Japón para que acepte someterse inmediatamente a las pres-

cripciones del Pacto; de ayudar a China financieramente, o en otra forma, en su resistencia contra el agresor y obtener todos los concursos necesarios para poner en marcha la acción colectiva indispensable para reprimir la agresión.

Además, habiendo hecho suyo el congreso la resolución anterior cree que es su deber denunciar la indignación de la conciencia universal las condiciones particularmente odiosas de la agresión japonesa en China y de las matanzas sistemáticas de las poblaciones indefensas, que son medidas de terror cuyo objetivo es el de ejercer presión sobre el Gobierno chino a fin de hacerle renunciar a su lucha por la independencia.

XI.—El congreso, intérprete de todas las fuerzas vivas de este país, fuerzas de trabajo, fuerzas morales, fuerzas espirituales proclama solemnemente que depende de ninguno de los partidos o movimientos que, con un fin altamente desinteresado, han venido a su seno para trabajar en la obra de organización de la paz y de unificación de todos aquellos que quieren servir la causa del progreso y de la humanidad.

XII.—El congreso de Paz de este pueblo de Francia dirige un mensaje de fraternidad ardiente a todos los pueblos sin distinción cuyo voto supremo es la pacificación del mundo en el respeto de la libertad y de la independencia total de cada colectividad nacional.

XIII.—El congreso alienta la esperanza de que los Gobiernos miembros de la S. de N. hallarán en la organización popular que es la Unión el apoyo necesario para poder realizar al fin la concepción de una paz justa establecida sobre el respeto al derecho público, sobre la aplicación de la Ley internacional, y los métodos del pacto de la S. de N.

El congreso llama a esta obra de salud a todos aquellos que entiendan compartir a la vez la vida de los pueblos y su responsabilidad de vivir y devolver la nobleza y la prosperidad a una humanidad feliz y reconciliada.

«Le Peuple».—28-9-37.

Las informaciones que publica este BOLETÍN responden siempre a la veracidad más estricta